

persecución había manchado las páginas de la historia, se dio a meditar acerca de las aberraciones supersticiosas de un pueblo que se tenía por devoto.

La propensión de los puritanos a perseguir a los cuáqueros (agravada sin duda por los malos modales de algunos reformadores pertenecientes a otras sectas); su credulidad vulgar que daba pábulo a la caza de brujas; su manera empedernida de tratar a los indios y a los negros; la dureza de su carácter, que los hacía codiciosos e intolerantes: tales máculas de la índole puritana no escaparon al ojo penetrante de Whittier, y aparecen en los bosquejos de diáconos avaros, mujeres displicentes, magistrados fanáticos.

Con la conversión de Garrison al anarquismo espiritual, el partido abolicionista se dividió en dos bandos: el de los perfeccionistas y el de los partidarios de la acción política. La doctrina de no reconocer la autoridad de la Constitución y de abstenerse de votar creó fuerte oposición; Whittier se puso del lado de Birney y Gerrit Smith, Jonathan Sewall, John Pierpont y los Tappans, todos los cuales se oponían a la política perfeccionista.

«*Todas las minorías políticas—decía Garrison —son más o menos liberales*», y si las minorías